

Nuevamente pisaba aquella estancia. Parecía su segundo hogar cada viernes, y a pesar de su corta edad, sentía que su presencia allí era aciaga. Cuatro veces había salido de una inconsciencia prolongada sin saber cómo. Creía haber nacido con el don de la inmortalidad. Las pruebas médicas se repetían con la misma insistencia que en ocasiones anteriores, sin diagnóstico alguno. La quinta vez fue distinta. Aquel residente casi lo devuelve a la vida. La retahíla de síntomas nombrados le alteró aún más. –Urticaria, respiración entrecortada, temblores, vómitos... ¡Adrenalina!- suplicó.

En su boca inerte aún se distinguían manchas de aquel enigmático asesino. La prueba definitiva fue el envoltorio de una chocolatina que asomaba de su bolsillo. Aquella que recibía todos los viernes al salir del colegio. La que evidenciaba que era el alumno más destacado de la clase. Aquel pedazo de chocolate con leche de los viernes.